

DIEZ AÑOS

CON ESTE NÚMERO INICIAMOS EL AÑO decimoprimer de nuestra revista. Se ha cerrado el primer ciclo de diez años de **Palabra Nueva**, iniciado en abril de 1992.

Acercarse al archivo y ver aquel primer número es un ejercicio estremecedor: unos párrafos de presentación, la pequeña entrevista al entonces Obispo Auxiliar de La Habana y hoy Titular de Guantánamo-Baracoa, Monseñor Carlos Baladrón, un trabajo sobre ciencia, el pequeño ensayo sobre San Lázaro, un artículo sobre la Opinión Pública, noticias internacionales y estadísticas de nuestra Arquidiócesis, cerrando la edición el intercambio de discursos entre el Papa Juan Pablo II y el señor Hermes Herrera, recién estrenado por aquellas fechas como Embajador de Cuba ante la Santa Sede. Eso es todo. Diez páginas. Mil ejemplares...

Claro que ha habido cambios. No sólo por las más de sesenta páginas y los diez mil ejemplares que editamos cada mes, sino también por las exigencias de los tiempos: mayor elaboración en el diseño, coherencia y organicidad de los textos y los titulares, buscando el equilibrio siempre difícil entre contenido y forma; mayores pretensiones en la calidad de las ofertas... Sin olvidar, claro está, que siempre algo pudo ser mejor. Es bueno reconocer la imperfección propia.

Pero desde el Número 1 hasta éste, el 108, ha estado presente siempre la inspiración inicial: comunicar un mensaje y una palabra que sean siempre nuevos. Bajo el título “Siempre Nueva” se hizo la presentación de esta revista: *“Aquí queremos hablar de todo cuanto es posible hablar –se decía en aquella primera plana–; queremos hablar de cultura, de historia o ciencia, y todo esto es hablar de Fe y hablar de Dios (...) Nuestra publicación es Nueva y lo es también nuestra Palabra. Tan nueva como hace 2000 ó 3000 años. Es Nueva la Palabra porque el mensaje siempre es nuevo. Desde que Dios lo ‘hizo’ todo nuevo o estableció una ‘nueva alianza’; cuantas veces ‘renueva todas las cosas’ (...) Nueva fue la Buena Noticia que comunicaron los discípulos de Jesús, y después continuó cada nuevo discípulo, cada nuevo cristiano durante horas, kilómetros, noches, siglos... hasta hoy”*.

Por aquellas fechas teníamos para toda Cuba la “hojita” *Vida Cristiana*, que con tanto empeño y dedicación mantienen aún los padres jesuitas. Existían ya *El Boletín Diocesano* e *Iglesia en Marcha*, publicaciones católicas de Camagüey y Santiago de Cuba respectivamente. En La Habana, desde comienzos de los 80s, teníamos *Aquí la Iglesia*, publicación del Arzobispo, y no faltaban tampoco un puñado de boletines parroquiales.

Palabra Nueva surgió por varias razones. La *nueva evangelización* acometida por el Papa Juan Pablo II fue una buena

razón, porque no se trataba de un nuevo evangelio, sino del anuncio del mismo evangelio de manera tal que la evangelización tendría que ser, en palabras del Papa, *nueva en su ardor, nueva en sus métodos, nueva en su expresión*.

Por otro lado, estaban definidos ya los postulados eclesiales sobre los medios de comunicación. Era necesario profundizar en el diálogo entre la Iglesia y la sociedad cubana, propósito expuesto ya desde el Encuentro Nacional Eclesial Cubano (1986). No sólo los católicos deben conocer el pensamiento eclesial, pues el respeto que toda la sociedad merece incluye también que todos –católicos o no– puedan conocer la doctrina y la posición de la Iglesia respecto a cada uno de los tópicos sociales. Y aquí lo importante no es que todos sigan esos criterios –deseable por supuesto–, sino el derecho todos a conocer la verdad que la Iglesia preserva y debe anunciar.

La tercera razón va muy emparejada a la anterior. Era necesario crear medios propios, aún modestos y limitados, si los existentes nos eran vedados. Así surgió **Palabra Nueva**.

Estas tres razones conservan vigencia. La nueva evangelización es constante, de modo particular en un mundo cambiante, sometido a un bombardeo mediático bastante deshumanizado, poco ético y más bien dañando la espiritualidad y burlándose de la capacidad intelectual del ser humano. El diálogo entre la Iglesia y la sociedad ha producido frutos buenos, y este diálogo no sería posible si los otros no conocieran qué piensa la Iglesia. En cuanto al acceso a los medios masivos de comunicación poco -casi nada- ha cambiado. Y si cambiara algo no debería alterar la permanencia de esta publicación. La Iglesia debe tener su propia tribuna, no importa cuáles sean los desafíos que ello entrañe. La fe, la vida cristiana que se desea vivir de manera auténtica, en cualquier sociedad y en cualquier esfera social, está sometida a desafíos constantes.

La sociedad siempre necesitará de esta Palabra de Dios que la Iglesia ofrece, no importa si para algunos esto suena un poco arrogante o pretencioso. Pero la verdad es que sólo la Iglesia, a pesar de los errores que podamos cometer los que en ella estamos y nos atrevemos a llamarnos cristianos, ha sido la única institución que, con la fuerza del Espíritu y las buenas obras de sus mejores hijos, ha sabido elevar a la especie humana a sus más nobles y sublimes alturas.

Por todo ello es que deseamos continuar. Y no para competir o estigmatizar, dividir o azuzar, tan sólo para servir, servir. Servir a la Iglesia y a la sociedad, ese es nuestro único perfil editorial. Ω